

SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

6 de enero de 2016

Is 60, 1-6; Ef 3, 2-3.5-6; Mt 2, 1-12

¡Levántate y resplandece, Jerusalén, porque llega tu luz! Con estas palabras el profeta se dirigía, hermanos y hermanas, a la ciudad de *Jerusalén* para que sus habitantes fueran conscientes de que con el regreso del exilio y la reconstrucción de la ciudad se cerraba un capítulo oscuro de su historia, el de la destrucción de los edificios y del exilio de sus habitantes. Y les aseguraba que se abría otra etapa llena de vida. *Jerusalén* empezaba a ser, otra vez, una ciudad con una población creciente, pacificada, que atraía a los peregrinos hacia el altar del Señor ya reconstruido, mientras se esperaba la reconstrucción de todo el templo. A partir de la iluminación que había en esta zona, el profeta anuncia que la *luz* se irradiaría sobre toda la ciudad y sobre todos los peregrinos procedentes de diversos lugares. Y esa *luz* que ya comenzaba a amanecer era un símbolo de la gloria del Señor que se hacía presente en la ciudad. Volverían del exilio todos sus hijos y aún se añadiría una multitud de extranjeros que llevaría dones para reconstruir el templo.

¡Levántate y resplandece, Jerusalén, porque llega tu luz! La llamada de Isaías, sin embargo, iba más allá de aquel momento histórico de la ciudad de *Jerusalén*. Y encuentra el inicio de un cumplimiento más lleno en el episodio evangélico que nos ha sido proclamado. La *luz*, sin embargo, no llega directamente a la ciudad histórica de *Jerusalén*, sino a lo que empezará a ser la *Jerusalén* espiritual, el pueblo que se reunirá en torno a Jesucristo. Unos sabios extranjeros, los *Magos*, han visto en *Oriente* la *luz* de una nueva *estrella*. Y se han dejado guiar por esa luz, que los ha llevado a *Jerusalén* pero les ha hecho seguir más allá. Y han encontrado la *luz* en Jesús. La luminosidad de la *estrella* les ha guiado hacia la *luz* verdadera que desvanece las *oscuras nubes* que *cubren las naciones*. Ellos reconocen la gloria y el esplendor del *Niño* que les es presentado por su *Madre*.

¡Levántate y resplandece, Jerusalén, porque llega tu luz! Esta palabra del profeta se dirige hoy a todas las comunidades cristianas para decirnos que, tal como afirmaba San Pablo en la segunda lectura, somos nosotros, los cristianos, los que nos tenemos que levantar radiantes porque nos ha llegado la *luz* de Cristo. El Apóstol explicaba la experiencia que vivió en el momento de su conversión: recibió de parte de Dios, dice, una *revelación*, es decir, una comprensión de los acontecimientos nueva e inesperada. Narrando el don recibido en ese momento, nos describía precisamente el sentido de la epifanía que celebramos hoy: *todos los pueblos* no judíos, son coherederos con los judíos; unos y otros *tienen parte en la misma herencia*, son miembros de *un mismo cuerpo* y partícipes de la promesa hecha en Jesucristo. La salvación definitiva no es exclusiva, pues, del pueblo de la primera alianza, sino que Jesucristo la ofrece a todos. Las promesas hechas al pueblo de Israel tienen un cumplimiento más amplio, son para todos los pueblos de la tierra. La solemnidad de la epifanía celebra precisamente eso, que Jesucristo comienza a manifestar su gloria a todos los pueblos y los llama a la fe y a la salvación; en el evangelio de hoy las primicias de los pueblos no judíos son representadas por los *Magos* venidos de *oriente*. La Iglesia en la tierra tiene, pues, la misión de reunir, como había anunciado el profeta Isaías, toda la humanidad, en su diversidad de razas, lenguas y culturas, en torno a esta *luz* que es Cristo, que ilumina y atrae a los que le conocen. Y así formar un solo cuerpo con todos los creyentes.

¡Levántate y resplandece, Jerusalén, porque llega tu luz! Esta invitación gozosa es dirigida de un modo particular a cada uno de nosotros para que nos abramos más y más a la *luz* de Cristo, nos llenemos y después iluminemos nuestro entorno para hacer conocer el amor misericordioso de Dios y su Palabra que cura y salva. Nosotros, como

los *Magos* hemos llegado a Jesús a través de la enseñanza de personas que lo habían descubierto antes, que han sido como una *estrella* para nosotros. Después, nos hemos acercado a las Escrituras que nos han desvelado la realidad profunda de este Niño. Y finalmente lo hemos encontrado en la casa que es la comunidad eclesial sostenida por la solicitud de *María*. Los *Magos* nos sirven de ejemplo de cómo debemos acercarnos al *Niño* hijo de *María*. Nos tenemos que acercar con humildad, con alegría, ofreciéndole lo que somos y lo que tenemos entre manos, llevándole el don de nuestro amor, de nuestra fe que lo reconoce como Emmanuel, de nuestra voluntad de serle fieles hasta el final de nuestra existencia.

Con estas actitudes debemos celebrar la Eucaristía y recibir el Cuerpo y la Sangre del Señor. Porque en esta celebración nos es dado estar en la presencia de aquel que los *Magos* reconocieron y adoraron. Ellos, en la humildad de un *Niño* pequeño e indefenso, nosotros, en la humildad del pan y del vino.

Luego, nos tocará hacer de *estrella* para los demás. Para que, así como la *estrella* con su *luz* llevó a los *Magos* paganos hacia Jesucristo, nosotros, con el esplendor de la fe, de la oración de alabanza y de las buenas obras, resplandezcamos en medio de las tinieblas de nuestro mundo, pesimista y desorientado, para anunciar a Jesús, causa de alegría y de esperanza, *luz* para las problemáticas personales y sociales. Porque el Evangelio de Jesús que anunciamos los cristianos habla de una alternativa al mundo tal como es e insiste en la necesidad de transformarlo. Como nos dice insistentemente el Papa, hay que encontrar un estilo de vida sobrio que no malgaste los bienes, es necesario construir una sociedad que no excluya a nadie, atenta a los pobres y a las periferias para hacerla más justa, es necesario construir una economía al servicio de las personas y velar por una ecología que salvaguarde la tierra como casa común, hay que construir la paz.

Y, mientras la *luz* y la gloria de Cristo, tal como nos ha sido proclamado, brilla en todas las solemnidades cristianas del año para iluminar nuestra historia contemporánea, dejemos que su persona amanezca más y más sobre nosotros.